

ARTES & LETRAS

Poemas de MARÍA MERCEDES CARRANZA

Ensayo de PABLO MONTOYA

Fotografías de LUIS B. RAMOS con texto de SANTIAGO MUTIS D.



Poemas • Ensayo • Fotografías

Director: SANTIAGO MUTIS

Juan Manuel Roca, Carmen Escobar, Santiago Espinosa, Carlos E. Naranjo 2

LUIS B. RAMOS

(Guasca 1899 – Bogotá 1955)

“Ramos llega ahora y restaura la realidad. O mejor, la descubre...”

HERNANDO TÉLLEZ

No son la gente, las “caras con ánimo de retrato” las que están aquí. Muchos de nuestros mejores fotógrafos las conocen bien, de su dinero han vivido, de su fraude. Luis B. Ramos es ética, pasión, inocencia, lealtad, “humanidad viva”; estos son sus principios, sus valores, que manejaron su vida y su trabajo. Él era tal vez un “simple”: no aspiraba a explotar la fotografía, a sacarle provecho ni réditos, a tener una vida distinta a la de su origen (a la que respetaba, con hondura); no planeaba obtener recompensas por lo que tanto valoraba y quería, ni por su ética ni su pasión, mucho menos por su inocencia. En todos los fotógrafos colombianos que han venido después de él, hay rastros de su enseñanza, y también traiciones: en los mayores, como Leo Matiz; en los menores, como Angulo. A unos los fortaleció su ser ético, a otros los deshizo. Luis B. Ramos entró con su cámara a las cárceles, a los asilos, los santuarios, las ba-

riadas; anduvo la calle, la provincia, los mercados, los funerales... Sabía ver, valorar, comprender, dignificar... Fotografió un mundo que conocía, la gente a la que entendía, la vida a la que pertenecía. ¡Donde un hombre es destino, de muchos! Luis B. Ramos no estaba haciendo carrera, dinero... estaba haciendo justicia (donde *la ley no es justa; se hace cumplir*). Ramos tomó el camino de la verdad de las cosas, de *su consistencia y no de su liviandad*.

Cada día que pasa, el trabajo de Luis B. Ramos es más importante, más vigoroso, más frontalmente definido ante una realidad fraudulenta, una vida que se vacía ante nuestros propios ojos, de carácter, destino, nobleza, verdad, sentido humano... En muchos aspectos, el arte ha claudicado ante una mentira impuesta, mientras la Realidad pende desollada en las sombras como aquel buey que pintara Rembrandt.

Luis B. Ramos no es sólo el padre de la reportería gráfica en Colombia, del regreso a la realidad, de la invención de las series fotográficas, del aura de la soledad... “La clave del arte de Ramos reside, ante todo, en esta sencilla palabra: conocimiento”.

En la equívoca actitud del arte contemporáneo —en sus galerías, museos, “críticos”, instituciones y funestos curadores—, se ha desatado una suicida pelea contra lo que ellos llaman asépticamente “arte análogo”. En vez de vigorizar la fuente, la destruyen: el arte contra el arte, que no es más que una codiciosa lucha territorial, en este caso contra los muertos. Algo totalmente insensato, mientras se le dejan las manos libres a la más brutal, cínica y eficiente deshumanización. Si la “nueva conciencia universal” se ha levantado en un símbolo imposible —el vacío—, Luis B. Ramos muestra el camino y las dimensiones del extravío, y también del *regreso*.

En algún momento del siglo algunos colombianos nos referimos a la obra de Luis B. Ramos como “profundamente humana”, “hermosos estudios fotográficos”, “una obra madura”, “artista de sensibi-

lidad”, etc. Sí, su obra es madura, bella, humana... ¡enorme!

No son sólo los años 30 lo que fotografió Ramos, es el Hombre, su vida profunda, su destino en las manos de nuestras ciudades, que fundamos al mismo tiempo que la pobreza, y que hoy amenazamos de sinrazón y miseria.

Ramos fotografió —estudió— la gente y el paisaje, la infancia, los pueblos, la vejez, los templos, el trabajo, la arcilla, los caminos, la tierra, las fiestas populares, el desamparo, la belleza, los juegos, la miseria, la lluvia de las estaciones, las escuelas, la vida en los parques, los funerales, los sauces... Esa es su magnífica escuela, su lección, su sensibilidad, su herencia, su voz... y la “enemistad” que tienen con él los dueños del grande y pequeño mundo, sus beneficiarios y sus entusiastas o ciegos servidores.

Tuvo don Luis B. Ramos su estudio fotográfico muy cerca del difícil corazón de la nación, a dos cuadras de la Plaza Bolívar de Bogotá, en el “Pasaje Hernández”, y hoy está oculto, esperándonos, llamándonos...

Santiago Mutis Durán



Foto de Luis B. Ramos.

MARÍA MERCEDES CARRANZA

Seis libros de poesía constituyen la “obra completa” de María Mercedes Carranza Coronado, nacida en Bogotá en 1945. Su poesía, escueta y directa, muchas veces descarnada, se caracterizó por su crítica a la sociedad que manejaba el país, al amor visto como realización o idilio y a Bogotá, cuya clase alta juzgó duramente. Su manera llana de hablar, o, mejor, de enfrentar la vida, la convirtió en la mejor virtud de su poesía. S. M. D.

Poema de amor

Afuera el viento, el olor metálico de la calle.
Ya dentro, va dejando todo lo que lleva encima,
primero la cartera y la sonrisa;
se deshace de las caras que ese día ha visto,
los desencuentros, la paz fingida,
el sabor dulzarrón del deber cumplido.
Y se desviste como para poder tocar
toda la tristeza que está en su carne.
Cuando se encuentra desnuda
se busca, casi como un animal se olfatea,
se inclina sobre ella y se acecha;
inicia una larga confianza tierna,
se pide respuestas, tal vez tiene la mirada turbia;
separa las rodillas y como una loba se devora.
Afuera el viento, el olor metálico de la calle.

Una rosa para Dylan Thomas

*«Murió tan extraña y trágicamente como había vivido,
preso de un caos de palabras y pasiones sin freno...
no consiguió ser grande, pero fracasó genialmente.»*

D. T.

Se dice: «no quiero salvarme»
y sus palabras tienen la insolencia
del que decide que todo está perdido.
Como guiado por una certeza deslumbrante
camina sin eludir su abismo;
de nada le sirven ya los engaños
para sobrevivir una o dos mañanas más:
conocer otro cuerpo entre las sábanas destendidas
y derretirse pálido sobre él
o reencontrarse con las palabras
y hacerlas decir para mentirse
o ser el otro por el tiempo que dura
la lucidez del alcohol en la sangre.
En la oscuridad apretada de su corazón
allí donde todo llega ya sin piel, voz, ni fecha
decide jugar a ser su propio héroe:
nada tocará sus pasiones y sus sueños;
no envejecerá entre cuatro paredes
dócil a las prohibiciones y a los ritos.
Ni el poder ni el dinero ni la gloria
merecen un instante de la inocencia que lo consume;
no cortará la cuerda que lleva atada al cuello.
Le bastó la dosis exacta de alcohol
para morir como mueren los grandes:
por un sueño que sólo ellos se atreven a soñar.



Luis B. Ramos. *Día de difuntos*. 1937.



Luis B. Ramos. *Escenas campesinas*. 1936.

Artaud entre palabras

*«Haré con la concha sin la madre un alma
oscura, total, obtusa y absoluta»*

A. A

Antonin Artaud está sentado
frente a su peor enemigo: Antonin Artaud
a quien observa como un espectáculo inútil.

Tiene los nervios drogados con opio
y trata de escribir un poema
que ha de ser la vida misma. Por ello
sólo escribe sollozos, blasfemias, gritos.

Pero nadie oye a Antonin Artaud:
todos están muertos, se sabe,
y él trata de herirlos,
con su desafiante solidaridad.

Lucha a dentelladas contra los invisibles
demonios que envenenan el aire.

En el asilo para locos de Rodez,
cabizbajo, desdentado y baboso

Antonin Artaud ha perdido.

Como un niño de cuatro años, dócil,
aprende de nuevo las primeras palabras.

El feroz resplandor del naufragio
lo ilumina repentinamente y ahora
es Artaud el Resucitado. Ahora
vuelve a la vida, pero parido por él mismo:

«soy mi hijo, mi padre, mi madre y yo».

Un último gesto solitario lo cura por fin
—hospital de Ivry, un 4 de marzo de 1948—
de la desdicha de estar en el mundo.

Antonin Artaud olvida para siempre a Antonin Artaud.

Tengo miedo

*«...Todo desaparece ante el miedo.
El miedo, Cesonia, ese bello sentimiento, sin aleación, puro y desinteresado;
uno de los pocos que saca su nobleza del vientre»*

ALBERT CAMUS («CALÍGULA»)

Miradme: en mí habita el miedo.

Tras estos ojos serenos, en este cuerpo que ama: el miedo.
El miedo al amanecer porque inevitable el sol saldrá y he de verlo,
cuando atardece porque puede no salir mañana.
Vigilo los ruidos misteriosos de esta casa que se derrumba,
ya los fantasmas, las sombras me cercan y tengo miedo.

Procuro dormir con la luz encendida
y me hago como puedo a lanzas, corazas, ilusiones.
Pero basta quizás sólo una mancha en el mantel
para que de nuevo se adueñe de mí el espanto.

Nada me calma ni sosiega:
ni esta palabra inútil, ni esta pasión de amor,
ni el espejo donde veo ya mi rostro muerto.
Oídme bien, lo digo a gritos: tengo miedo.

Oración

No más amaneceres ni costumbres,
no más luz, no más oficios, no más instantes.
Sólo tierra, tierra en los ojos,
entre la boca y los oídos;
tierra sobre los pechos aplastados;
tierra entre el vientre seco;
tierra apretada a la espalda;
a lo largo de las piernas entreabiertas, tierra;
tierra entre las manos ahí dejadas.
Tierra y olvido.



Foto de Luis B. Ramos.



Foto de Luis B. Ramos.



Luis B. Ramos. Foto para ca carátula dela revista *Cromos* de abril 11 de 1936.

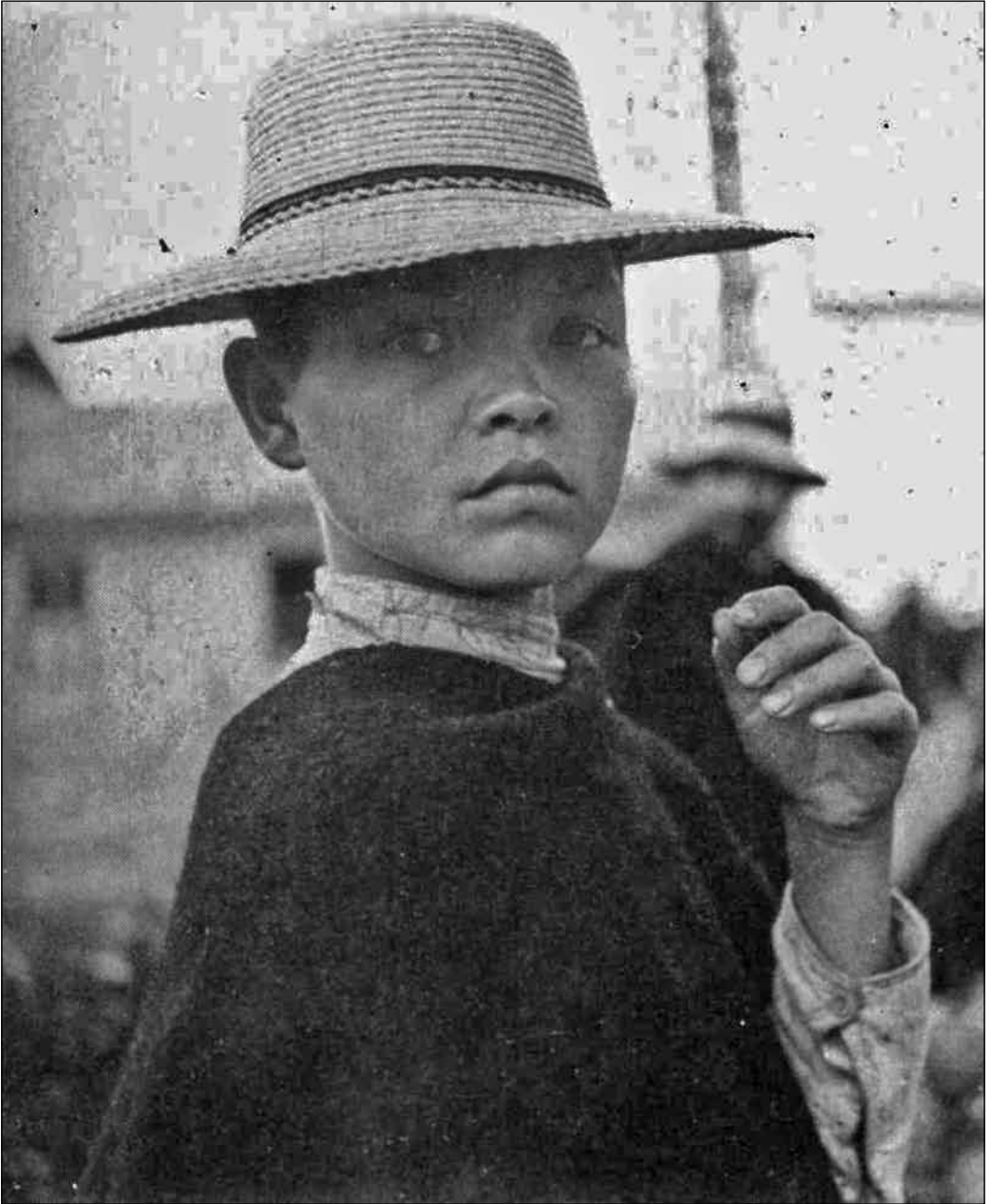


Foto de Luis B. Ramos.



Luis B. Ramos. *Campesinas en entierro*. 1936.

PABLO MONTOYA

PABLO MONTOYA se ha convertido en estos últimos diez años en uno de los más notables ensayistas sobre el tema de la cultura en Colombia, en uno de sus novelistas que más respeta la inteligencia y el idioma, en un poeta y un cuentista de agudeza y talento. Lucidez y belleza, así como conocimiento y eficacia al comunicarlo, son el sello indeleble de su ya extenso y valioso trabajo literario. S. M. D.

PRESAGIO

Salgo al balcón para buscarlo. Desde aquí todo es más claro, y el bullicio de afuera me parece un traje hermoso que usa esta calle en el crepúsculo. Pero respiro intranquila. Mis ojos no se llenan con lo que ansío. Vuelvo a mi pieza y recuerdo sus palabras, su olor a niño y hombre de carne acezante. Me sé soñada en noches largas y encuentro en ello la seguridad de una alegría. Trato de distraerme con visitas breves a la cocina, al cuarto de mi madre enferma. Me detengo en el pasillo, quito los pétalos a una flor, y siento que la noche empieza a penetrar la casa. Apoyada en el barandal recibo su llegada progresiva. Miro hacia El Quitasol y escucho la antigua historia de mamá: «Hija, el día se refugia detrás de la montaña». Pienso en este vago y oscuro cuerpo que ahora me toca y lo comparo con el de él, y comparo sus olores: el de la noche, repleto de aromas, y el suyo inmiscuido en el que trae la noche. De nuevo miro hacia la calle. El corazón palpita fuerte, pero sin saber por qué persiste el vacío. Entonces lo veo ver el juego de los muchachos. Me sonrío y levanta una mano. La calle se vuelve grata en su corta extensión. Regreso a la pieza para arreglarme, cuando siento un ramalazo imprevisto que cae sobre el mundo. Todo es vertiginoso. Hombres corriendo en muchas direcciones, mujeres que agarran a los niños, puertas cerradas, y el eco de la ráfaga perdiéndose en el universo de Niquía, y la voz de mi madre que desde adentro dice: «¡Otra vez, hija, otra vez es la muerte!». Y yo sé que la incertidumbre de antes era el inicio de algo enorme que se va volviendo agitación desahogada, porque él, junto a varios cuerpos, está tirado en la calle. Mamá comienza a rezar duro, y yo a maldecir hasta siempre la existencia.

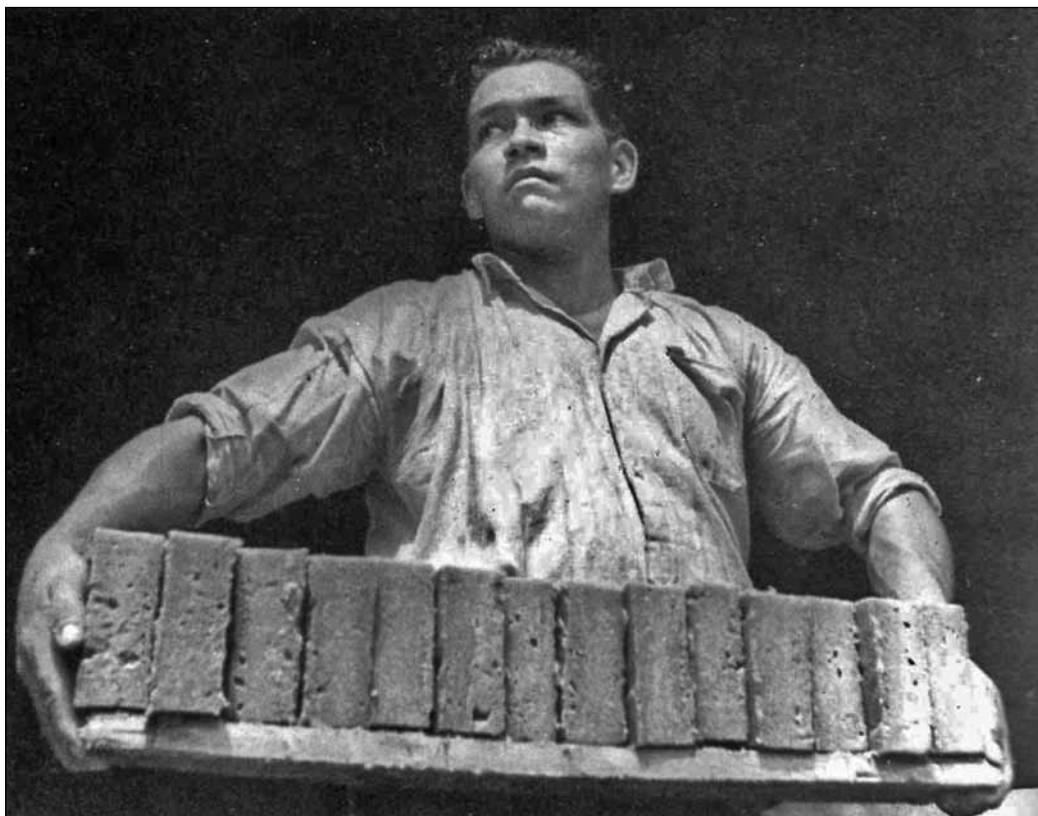


Foto de Luis B. Ramos.